

056  
a. 655a  
C.R.

# APUNTES

Director: ELIAS JIMENEZ ROJAS

▲▲▲ SUPLEMENTO No. 5 ▲▲▲

15 de Mayo de 1943



San José de Costa Rica

Apartado 230



81465 TREJOS HNOS.



# APUNTES

Director: ELIAS JIMENEZ ROJAS

SUPLEMENTO  
No. 5

San José de Costa Rica  
15 de Mayo de 1943

## *El desarrollo de las ideas en los Estados Unidos*

Años 1800 a 1860

Por VERNON LOUIS PARRINGTON

Propiedad de la Dotación Carnegie

Fragmentos (ver número 4)



*De Henry Thoreau:*

«La sabiduría clama en las calles, y ningún hombre hace caso de ella», y sin embargo, «ella enseña la templanza y la previsión, la justicia y la fortitud; y los hombres no pueden tener en su vida bienes mayores que éstos».

El fin único que Henry Thoreau se propuso durante más de cuarenta años de actividad enérgica, fue hallar un sistema de economía que proporcionase una vida de satisfacción real y duradera. En lo que más se ocupaba, al fin de lograr su objeto, era en descubrir la verdadera significación de la riqueza. Sincero, sin temor, inquisitivo, hombre sin amo, a quien poco importaba la veleidad de la fortuna, demostró su derecho

a ser llamado filósofo, buscando la sabiduría como amiga y consejera cotidiana y no siguiendo otro camino que el que ella señalaba.

En la opinión de muchos de sus coetáneos, Thoreau era un sujeto extraño que en sus juicios en cuanto al valor relativo de las cosas, todo lo había puesto patas arriba. Sin embargo, cuanto más atentamente se le estudia, tanto más se duda de si quien andaba por los cerros de Ubeda fuese él o sus críticos. Por desgracia, un hombre completamente sincero y original es tan raro, que despierta la sospecha de la generalidad de la gente. A los locos de un manicomio, un hombre racional debe parecerles extraño y estrafalario. En una sociedad de siervos, un hombre sin amo se mira como desaforado. A los agricultores de Concord, Thoreau les parecía extraño únicamente porque observaba en su vida diaria los preceptos que ellos aprobaban los domingos. El principio de que la vida es más que pan y el cuerpo más que ropa, era principio dominguero bien conocido en Concord; pero que alguien lo aplicara durante el resto de la semana y se propusiese ajustar sus actividades cotidianas a las enseñanzas del sermón de la montaña, les era incomprendible a los yanquis prácticos que se guiaban por normas enteramente distintas de las evangélicas. Lo que los ponía perplejos era más bien la conducta que la filosofía de Thoreau.

Y durante su vida entera Thoreau observó esa conducta serena y consecuentemente. Para este heredero de la sabiduría de los antiguos, el domingo no difería de los otros días de la semana, y al seguir en su vida diaria los preceptos de los grandes moralistas de antaño, se destacó como ultrarrebelde de su grupo, el más singular e individual de los «medio locos» del movimiento trascendentalista, imposible de clasificar por medio de adjetivos. Escapa de toda frase ideada para aprisionarlo circunscribiéndolo. Emerson, con su dón característico de inventar expresiones enigmáticas, lo llama «un solterón de la naturaleza»; Ellery Channing, que lo conoció íntimamente, lo llama «naturalista poeta». Su vida parece haber sido un experimento perseverante acerca de valores relativos. El era filósofo del aire libre, que conservaba despejado el espíritu y robustos los nervios por contacto diario con el sol, la lluvia y el viento; místico que escudriñaba con ojo avizor y curioso el significado de la naturaleza y se había familiarizado con las ideas helénicas y orientales; yanqui experto en varios oficios manuales; hombre que quería demostrar por sí mismo cuáles cosas eran buenas y cuáles malas, sin fiarse de lo que oía decir; y parece que en lo que principalmente se ocupaba era en la vida, tratando de hallar el modo cómo Henry Thoreau podía vivirla más cuerda-mente, o, en general, cómo puede un sér racio-

nal emplear las facultades que Dios le ha dado y vivir en regiones elevadas, sin esclavizarse en las bajas, de suerte que antes de morir pueda decir con verdad: *He vivido*.

«Me fuí al monte—dice—porque deseaba vivir deliberadamente, atender sólo a los hechos esenciales de la vida y ver si podía aprender lo que ella enseñara, a fin de que, llegada la hora de mi muerte, no tuviese que reconocer que no había vivido. No quería vivir lo que no es vida, pues la vida es muy preciosa; ni quería practicar la resignación, a no ser que fuese absolutamente necesario. Quería vivir con plenitud y extraer todo el jugo a la vida; vivir bastante vigorosa y espartanamente para vencer todo lo que no fuese vida, guadañar hasta la raíz y ver la cepa, acorrallar la vida y reducirla a su más simple expresión, y, si descubría que era cosa ruin, escudriñar toda su ruindad y pregonarla al mundo; o si era sublime, conocer su sublimidad por experiencia propia y poder hacer de ella un relato verdadero en mi próxima excursión».

«Si tú saludas el día y la noche con alegría, y tu vida emite fragancia como las flores y hierbas aromáticas, y es más elástica, más luminosa y más inmortal—hé ahí tu buen éxito. Toda la naturaleza te congratula, y razón tienes para bendecirte en todo momento... La verda-

dera cosecha de mi vida cotidiana es algo tan intangible e indiscernible como los matices de la mañana y del crepúsculo. Es polvo recogido de las estrellas, un fragmento del arco iris que he agarrado».

«El cristianismo—dice en *The Week* (La Semana)—no tiene más que esperanza. Ha colgado su harpa de los sauces, y no puede cantar canción alguna en una tierra extraña. Ha soñado un sueño triste, y todavía no da con regocijo la bienvenida a la mañana».

«Yo no estoy seguro de que en caso de urgencia no recurriese a las liberales divinidades de Grecia más bien que al Dios de mi patria... En mi panteón, Pan reina aún en su prístina gloria, con su rostro encarnado, su barba larga, su cuerpo hirsuto, su flauta y su cayado, su ninfa Eco y su hija Yamba; porque el gran dios Pan no ha muerto como se rumoraba. Quizá sea su santuario el que más venere entre los santuarios de todos los dioses de la Nueva Inglaterra y de la vieja Grecia».

Pocos sermones se han predicado en Massachusetts más penetrantes que el compuesto mientras el barco de Thoreau bajaba por el río Concord, pasando cerca de la iglesia de Belle-rica, donde los sencillos aldeanos estaban adorando al Dios de la Nueva Inglaterra; sermón

que con fina ironía exhorta al cura y a los feligreses a que entren en el fondo de las enseñanzas de su libro sagrado.

«No conozco libro alguno que tenga tan pocos lectores».

«No hay ningún otro tan verdaderamente extraño, herético e impopular. Para los cristianos, no menos que para los griegos y los judíos, es una tontería y un tropiezo. En realidad, contiene cosas severas que ningún hombre debe leer en voz alta más de una vez». «Buscad primeramente el reino de los cielos». «No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra». «Si quieres ser perfecto, vé, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo». «Porque, ¿qué aprovechará al hombre si ganare todo el mundo y perdiere su alma? ¿O qué cambio dará el hombre por su alma?»—¡Yanquis! ¡pensad en eso!... Pensad en repetir estas cosas en un auditorio de la Nueva Inglaterra, ¡tres veces, cuatro veces, quince veces, hasta que haya tres barriles de sermones! ¿Quién puede leerlos en alta voz sin gazmoñería? ¿Quién puede escucharlos sin hipocresía y sin salirse de la iglesia? Nunca *se leyeron* verdaderamente, nunca *se escucharon*. Que una sola de estas frases se lea bien leída en cualquier púlpito de esta tierra, y en esa iglesia no quedará piedra sobre piedra».

«Cuando úno entra en un pueblo, la iglesia, no sólo en realidad sino también por aso-

ciación, es el edificio más feo de él, porque es aquel en que la naturaleza humana se degrada más y se deshonra más. En verdad, templos como éstos cesarán antes de mucho tiempo de afeardar el paisaje... En realidad, hoy en día no hay impiedad tan grande como la que reza y guarda el domingo y reedifica las iglesias».

La libertad con abstinencia le parecía preferible a la servidumbre con bienestar material, porque en aquélla no se hace más que abandonar bienes menores para alcanzar bienes mayores, que es lo que el filósofo debe hacer.

«El ser filósofo no es únicamente tener pensamientos profundos, ni aun fundar escuela, sino amar la sabiduría hasta el punto de vivir, siguiendo sus preceptos, una vida sencilla, independiente, magnánima y confiada. Es resolver algunos de los problemas de la vida, no sólo teóricamente, sino también prácticamente... Cuando el filósofo ha obtenido las cosas que son necesarias para la vida, puede hacer otra cosa que dedicarse a obtener superfluidades, y es lanzarse en busca de la verdadera vida, libre ya del humilde trabajo preliminar».

Las doctrinas de Thoreau eran la respuesta del ultraindividualista a las complejidades tiránicas de la sociedad, y le dieron puesto especial aun en el mundo del trascendentalismo.

En el estudio de la verdadera naturaleza de la economía, Thoreau llegó con Ruskin a la conclusión de que «el coste de una cosa es la cantidad de lo que llamaré vida que es necesario dar por esa cosa, sea inmediatamente, sea a la larga».

«En resumen, estoy convencido—dice—, tanto por fe como por experiencia, de que el mantenerse en esta tierra no es para el hombre una penalidad sino un pasatiempo, con tal que viva sencilla y cuerdamente, pues las ocupaciones de las naciones sencillas son aún las diversiones de las más artificiales. No es necesario que el hombre gane la vida con el sudor de su frente, a no ser que sude con mayor facilidad que yo».

En la laguna de Walden y en las riberas del río Merrimac el espíritu de Thoreau disfrutaba de serenidad y sosiego completos; pero esta serenidad griega sufrió una sacudida violenta cuando el filósofo, al regresar a la aldea de Concord, halló a sus vecinos haciendo ejercicios militares y preparándose para la guerra con México, y un funcionario público se le presentó a ordenarle el pago de una contribución. Para Thoreau, esa guerra era cosa odiosa, estúpida e injusta, hecha con el objeto de extender el sistema execrable de la esclavitud de los negros, y él se vio en presencia del problema de sus relaciones

con un gobierno que le exigía que se sometiese, quisiéralo o no, a los actos y disposiciones gubernamentales. Esto despertó en él la idea de hacer un estudio concienzudo de las teorías relativas a las relaciones que existen entre el individuo y el Estado.

Thoreau no era aficionado a la política, y se ocupaba poco en las ciencias políticas. De buena gana prescindiría del Gobierno si el Gobierno prescindía de él y no se metía en sus asuntos; aun estaba dispuesto a disculpar al Gobierno. Mas, a pesar de esto, con su consciencia no quería entrar en componendas y concesiones; y cuando el Gobierno aplicó el principio de la coacción, él aplicó el principio defensivo y ofensivo de la resistencia pasiva. Fue cuando estaba domiciliado en su cabaña de Walden cuando la mano de la ley lo aprehendió y lo metió en la cárcel de Concord. El fue calmadamente con el alguacil, pero en su corazón se despertaron una repugnancia y un desprecio peligrosos. Le parecía absurdo que un ciudadano no pudiese ir al zapatero por un par de zapatos remendados sin que fuese a estorbarlo otro ciudadano investido de la dignidad de alguacil. Con sonrisa de burla contempló al alguacil, al magistrado del tribunal y todo el complicado mecanismo de la ley, y pensó cuán tontos eran sus semejantes, que habían vendido la libertad por estas farsas hipócritas. Los que sacaban algún provecho de ta-

les instrumentos—los abogados y los ricos—podían alabarlos, pero para Thoreau, que quería ir a coger gayubas y cerezas, eran un estorbo y una impertinencia intolerables. Cuando lo pusieron en libertad, volvió calmadamente a sus cerezas y sus moras, y observó que «entre las matas no se veía ni señal de Gobierno». «Vi—decía después—que el Estado era medio loco e incapaz de distinguir entre sus amigos y sus enemigos; acabé de perderle el poco respeto que le tenía, y lo compadecí».

Pero Thoreau no dejó ahí la comedia. Siguió pensando en ella, y el resultado de sus meditaciones fue el ensayo *Civil Disobedience* (La desobediencia civil). Considerado en sí mismo, este ensayo es una producción asombrosa. Parece evidente que el trascendentalista yanqui se había convertido en anarquista filosófico. No obstante, si el ensayo se lee a la luz de los *Journals* (Diarios) de Emerson o de la *Political Justice* (La justicia política) de Godwin, se comprende mejor: no es más que el individualismo trascendentalista traducido a la política, despojado de toda concesión y componenda hechas para suavizarlo. Sus orígenes se remontan al liberalismo del siglo dieciocho, con su doctrina del Estado de autoridad mínima—el Estado que debe perder su poder coactivo tanto o más cuanto más libremente funcionen las leyes de la sociedad.

Es muy probable que Thoreau no haya leído

nunca a Godwin; mas, a pesar de eso, su filosofía política se hallaba implícitamente en *Political Justice*. En el concepto de Godwin, el problema del hombre en sociedad es el de la adaptación voluntaria del individuo al Estado, y la justicia política no puede alcanzarse sino fundando en la moral la política y la economía. La ley moral es la ley fundamental, superior a todo estatuto y a toda constitución, y todo ciudadano debe rendirle pleito homenaje. «El objeto del orden social presente es multiplicar el trabajo», dice Godwin; «en otro orden, será simplificarlo». «La única apología adecuada de los gobiernos es la necesidad». «El Gobierno, de cualquier modo que se reforme, es poco capaz de traer beneficio sólido a la humanidad». «Dadnos la justicia, pero no nos déis constituciones. Dejados seguir sin estorbo los dictados de nuestro propio juicio y cambiar las formas de nuestro orden social a medida que nuestro propio juicio mejore». «*La farsa de la sabiduría colectiva es la más palpable de todas las imposturas*». «La verdadera razón por la cual la masa de la humanidad ha sido embaucada tan a menudo por malvados, se halla en la naturaleza misteriosa y complicada del sistema social. Elimínad el charlatanismo y la farfolla del Gobierno, y el entendimiento más sencillo verá con desprecio las tretas de los prestidigitadores del Estado que tratan de alucinarlo».

Siguiendo su propio camino, Thoreau llegó a conclusiones idénticas a las de Godwin. En *Civil Disobedience* hay muy poco que no se halle en *Social Justice*. Ninguno de los dos pensadores admite la existencia de un Estado, sociedad o nación abstractos. Ambos sostienen que lo único que existe son los individuos y que la ley fundamental es la ley moral. La conveniencia política y la ley moral se hallan a menudo en conflicto, y en tales casos el deber del ciudadano es obedecer la ley moral. Thoreau fué más lejos aún, y proclamó la doctrina del pacto individual, la cual a su vez encierra en sí la doctrina de la anulación individual, doctrina que él resume diciendo que ningún Gobierno «tiene sobre mi persona ni mi propiedad ningún derecho que yo mismo no le conceda».

«De buen grado acepto el lema de que *«el mejor gobierno es el que gobierna menos»*, y quisiera que se pusiese en práctica más rápida y sistemáticamente. Llevándolo a su conclusión lógica, se reduce a esto, que yo también creo: «el mejor gobierno es el que no gobierna en nada»; y cuando los hombres estén suficientemente preparados, ésa será la clase de gobierno que tengan. El gobierno no es, ni aun en sus mejores formas, más que un recurso conveniente; pero casi todos los gobiernos son por lo gene-



hablado con John Brown en Concord y había reconocido en él a un idealista sencillo y de ánimo robusto, moralista austero que ponía la justicia por encima de la ley.

El juicio seguido a John Brown y el fallo condenatorio consiguiente no fueron, en el sentir de Thoreau, más que un proceso en que los abogados y los políticos y los periodistas que lo juzgaron probaron su propia delincuencia.

«Yo no creo en la eficacia ni utilidad de los abogados, en ese método de atacar o defender hombres, pues quien los emplea desciende al nivel del juez y su sistema, y, en los casos de la mayor importancia, la cuestión de si un hombre ha violado una ley humana o no, es de muy poco momento».

Henry Thoreau es uno de los grandes nombres en la literatura norteamericana; y sin embargo, sólo después de sesenta años empieza a ascender lentamente al alto puesto que merece.

*Hablando de Theodore Parker:*

A THEODORE PARKER lo describe uno de sus biógrafos diciendo que «es el mejor proyecto de norteamericano que se haya producido nunca», y uno de sus colegas eclesiásticos dice de él que es «una consciencia jamás aventajada

después de Lutero». Estos dos juicios sugieren otro, a saber: que Theodore Parker era completa y adecuadamente la Nueva Inglaterra. Tanto el elemento puritano como el yanqui contribuyeron a formarlo. Su espíritu fértil y plástico tenía dos aspectos: por una parte, era completamente inglés, práctico, lógico, concreto, lúcido, amante de los hechos e incansable en sus esfuerzos por averiguarlos, conocedor de los asuntos de la vida común de cada día y capaz de entenderse con el mundo; por otra parte, era emocional, místico, idealista, profunda y espontáneamente religioso, hombre que vivía siempre con Dios como un hijo con su padre y llevaba en su corazón todas las tribulaciones de los hombres y en su conciencia todas las injusticias del mundo. Uno de los eclesiásticos más eximios de la Nueva Inglaterra, era a un mismo tiempo guardián y consejero, pastor y maestro. «Deseo vivir con los pies sobre la tierra», decía con perspicacia crítica, «aunque quiero también ver lo que hay más allá de las estrellas; deseo vivir con hombres, pero pensar con filósofos».

«Sí, y más aún: con una espada desenvainada al alcance de mi mano derecha. Esto lo he hecho en Boston, en la mitad del siglo diecinueve, obligado a hacerlo para defender a los miembros inocentes de mi iglesia, hombres y mujeres. Bien sabéis que no gusto de pelear... ¿Mas qué podía

hacer? Yo nací en la aldehuela donde se derramó la primera sangre en la revolución de la independencia. Los huesos de los que rindieron la vida en esa guerra yacen bajo el monumento de Lexington, que es «sagrado para la libertad y para los derechos del hombre». Esos hombres murieron «en la santa causa de Dios y de la patria». Esta es la primera inscripción que yo leí. Y estos hombres eran mis allegados. Mi abuelo desenvainó la primera espada en la revolución; mis mayores hicieron el primer disparo. La sangre que allí se derramó era la misma que hoy corre por mis venas. Y además, cuando yo escribo en casa en mi biblioteca, tengo a un lado la Biblia que mis antepasados usaron por cerca de cien años en sus oraciones de la mañana y de la noche; al otro lado cuelga el fusil de chispa que mi abuelo usó en la vieja guerra con los franceses, que llevó en la toma de Quebec y que disparó con valor y entusiasmo en el combate de Lexington, y cerca de aquél cuelga otro fusil, primer trofeo de la guerra de la independencia, tomado por mi abuelo al enemigo. Con estas cosas, estos símbolos, ante mí, y con estos recuerdos en mi alma, ¿qué podía hacer yo cuando una de mis feligresas, esclava fugitiva, perseguida por los secuestradores, venía a mi casa, sino darle asilo y defenderla a todo trance?».

Parker fue más que crítico: bien puede decirse que fue un genio religioso. Intuicionista por convicción, probaba toda autoridad por el criterio subjetivo trascendentalista. Abiertamente abandonó la fe en lo sobrenatural con sus corolarios de los milagros y la adoración de la Biblia como «fetiché», y se elevó a una forma de teísmo en que el amor fervoroso de Dios compensaba la pérdida de lo sobrenatural. Fundada en la experiencia personal, su religión se manifiesta en la conducta. Para él, el amar a Dios vale más que la fe histórica representada por iglesias históricas, y el amar al prójimo vale más que los dogmas. De aquí el carácter profundamente ético de su religión, que es viva, palpitante, generosa, a diferencia del eticismo frío y austero de los unitarios convencionalistas. La espiritualidad de Channing fue enaltecida por el ardiente sentimiento del amor que caracterizaba a Theodore Parker.

La idea de la perfectibilidad humana, que le vino de varias fuentes románticas e idealistas, hallaba sanción de gran peso en el trascendentalismo de Parker; mas él, con su natural práctico, deseaba darle un fundamento científico, si podía; deseaba que la filosofía fuese confirmada por la antropología. No estaba seguro de que esto pudiese hacerse; pero resolvió entrar por la

vía de lo objetivo y seguirla hasta donde condujese. El *Origin of Species* (Origen de las Especies), de Darwin, se publicó después que a Parker le cayó su enfermedad mortal; sin embargo, éste, en muchas de sus meditaciones, buscaba a tientas algo análogo a lo que Darwin buscaba científicamente, y pensaba en «la unidad de la vida de la especie humana», con su «desarrollo progresivo», «del estado de la ignorancia, pobreza y completa desnudez del alma y los sentidos, que era el estado primitivo necesario de la raza, al estado de la civilización actual». En los hechos sepultados en las profundidades del pasado, los cuales la ciencia iba juntando e interpretando, Parker hallaba prueba «de un tiempo inmenso, en el que el hombre, este cosmos espiritual, ha estado adquiriendo su estado actual, individual, doméstico, social y nacional y acumulando la riqueza de cosas e ideas que es la señal de la civilización». En su concepto, aunque quizá la teoría de la perfectibilidad humana no sea susceptible de demostración científica, es algo más que una esperanza razonable, pues se halla implícitamente en todo el pasado.

En su concepto, la religión más noble no es sobrenatural sino natural. «La religión absoluta que pertenece a la naturaleza humana y gradualmente se desarrolla en ésta», «es la idea de la humanidad, vagamente vista pero claramente

sentida, que han vislumbrado los ojos piadosos en todas las tierras y edades y que el hombre ha pedido en sus oraciones, llamándola *reino de los cielos*».

Mas, por desgracia, dice Parker, todo adelante se petrifica pronto en dogmas e instituciones, y los tabúes y fetiches no tardan en volver a aherrar el espíritu que forcejea por libertarse. Es, pues, preciso romper diariamente los modelos y moldes viejos para no estorbar la acción de la experiencia evolutiva. La religión debe ser libre; debe surgir espontáneamente de las profundidades de la vida. El cristianismo ha sufrido mucho a causa de la conversión de la Biblia en fetiche, de la adoración de lo sobrenatural y de un sectarismo intolerante y estrecho amado de los «escépticos eclesiásticos» que creen que «la iglesia cristiana y la Biblia no pueden prevalecer mientras no se destruyan las facultades que las crearon a ambas y se haga imposible la aparición de creadores de biblias y fundadores de iglesias». Cada edad debe escribir una Biblia nueva de acuerdo con los instintos que Dios mismo le ha dado, inspirada por el amor divino que lentamente va adaptando la sociedad a los propósitos de la Divinidad.

«Ya no puede el mofador ateo ni el fanático eclesiástico detener la especie humana gri-

tando: ¡Detente ahí, humanidad, en tu búsqueda religiosa! Porque, a pesar de tu millar de millones de cabezas, nada podrás saber directamente acerca de tu Dios, de tu deber ni de ti misma. Césa, y acépta mi palabra autenticada. Detente, y piérde la esperanza!».

Sus principios políticos eran sencillos y definidos, y se fundaban en las doctrinas de los pensadores liberales ingleses y franceses de los siglos diecisiete y dieciocho—Sidney, Locke, Rousseau—los grandes corifeos de la escuela de los derechos naturales. Quien aceptaba como axiomas la nobleza de la naturaleza humana y la perfectibilidad del hombre podría ser romántico político, pero tenía que ser liberal.

«La oposición a la centralización de la autoridad es muy vieja en los Estados Unidos—decía—, y espero que se renueve de continuo». Pero no estaba en favor del Gobierno de la mayoría, si la mayoría no estaba de acuerdo con la consciencia de él. Partidario del individualismo trascendentalista, opinaba que toda ley escrita inmoral debía desconocerse en el nombre de la ley superior de la justicia.

El no se dejaba engañar por las divisas ni programas de partido, fuesen *whigs* o demócratas, convencido de que ambos partidos eran servidores de intereses económicos y no de la justicia.

«El partido demócrata invoca la fuerza bruta de la mayoría, sea ésta justa o injusta. No conoce la ley superior no escrita... No hay diferencia vital entre el partido *whig* y el demócrata; ninguna diferencia en cuanto a principios morales. El *whig* inaugura al dinero adquirido; el demócrata inaugura al deseo de adquirir dinero; hé ahí la diferencia... Entre los dos no hay más que una cerca endeble, la cual cede fácilmente cuando se le hace fuerza, y entonces los dos partidos se mezclan... Un demócrata no es más que un *whig* futuro, y un *whig* un demócrata llegado a la madurez—un demócrata a quien ha llegado la hora de hacer su agosto. Un demócrata es un *whig* joven que legislará en pro del dinero tan pronto como lo consiga; un *whig* es un viejo demócrata que antes echaba vivas a la mayoría y gritaba: «¡Muera el dinero!». ¡Hé ahí al déspota! ¡Viva el deseo del dinero! ¡Abajo los ricos, y arriba los pobres!»

Los Estados Unidos de los tiempos de Parker se estaban convirtiendo en un país dominado por la clase media, burguesa o comercial, y él, como Lincoln, no desaprobaba la transformación. Creía que la economía y el ahorro eran muy encomiables, y que la riqueza bien habida también lo era. Sin embargo, a la especulación no acompañada de trabajo creador alguno, le te-

nía la misma desconfianza que en tiempos pasados se le había tenido, pero que ya se miraba como anticuada. «El hombre que pague completamente con su trabajo productivo y eficaz, tiene derecho a cuanto adquiera en cambio, sea un dólar o muchos millones de dólares... y si sus bienes consisten en lo que así haya ganado con sus servicios como equivalente de ellos, *lo que guarde virtuosamente o gaste de una manera humanitaria no será nunca demasiado*».

*Hablando de Margaret Fuller:*

Radical y crítica trascendentalista, como Emerson, Thoreau y Parker, era además feminista, y a la difícil tarea de libertar su pensamiento de las ortodoxias de Cambridge, añadió la tarea más difícil aún de libertar su sexo.

Generalmente era mirada como monstruo intelectual, la más temible de las literatas yanquis, y un bostoniano de tiempos posteriores ha llegado hasta el punto de describirla diciendo que era «copia del Sócrates de Platón privado de sexo».

Desde que era niña su padre la trataba como compañera. La educación que le dio fue la de un muchacho, y en cuanto a estudios, siguió el ejemplo de James Mill con su brillante hijo (John Stuart Mill). Quizá fuese un error

sujetarla a la disciplina rígida de los estudios clásicos cuando debía haber estado jugando con sus muñecas.

«Italia me recibe como a un hijo perdido hace largo tiempo, y aquí me siento como en mi casa», escribía en 1847; y algunas semanas después: «Veo cuán reales son los encantos que siempre me han atraído hacia Europa. No era falso el instinto que me pronosticaba que aquí hallaría yo una atmósfera en la cual se desarrollaría gran parte de mi sér que necesita desarrollo. ¡Si hubiera venido diez años antes! Pero ahora mi vida está ya condenada a ser un fracaso, pues he despilfarrado muchísima energía en abstracciones, lo que se ha debido únicamente al no haberme creado en el suelo que me convenía».

Fue hija espiritual más bien de Rousseau que de Goethe, como ella misma lo reconoció al fin. Escribiendo de París en 1847, decía:

«Debí a la Cámara de Diputados el haber podido ver los manuscritos de Rousseau, que se conservan en la biblioteca de ese cuerpo parlamentario. Los vi y los toqué esos manuscritos, precisamente como él los dio al mundo, escritos en papel blanco fino, atados con una cinta. El tiempo los ha puesto amarillentos y ha descolorado las letras; mas, al tocarlos, me pareció que sentía el fuego de la juventud, inextingui-

ble, luminoso, expansivo, de que su alma ha llenado este siglo. El fue el precursor de todo lo que más apreciamos. Es cierto que en su sangre había gotas de locura, y que la senda de su vida real se desvió por lugares de ruindad; pero su espíritu poseía las verdades fundamentales de la naturaleza humana, y llenábalo la profecía. Nadie hubo nunca que diese más vida nueva al mundo que él. Su obra no se ha reconocido aún: es demasiado nueva para nosotros; pero quien piense verdaderamente, debe a menudo pensar con Rousseau y aprender más y más sus enseñanzas. Tal es el método del genio: madurar el fruto para la muchedumbre con los rayos de calor de que la misma muchedumbre se queja».

*Hablando de Nathaniel Hawthorne:*

El tiempo y la experiencia, decía a menudo, han formado a los hombres como los vemos, y es muy probable que sólo el tiempo y la experiencia los conviertan en seres diferentes de lo que son. Los conservadores, según él, parecen tener de su parte el sentido común; pero los reformadores no carecen de justificación, pues, impulsados por una fe ardiente, tratan de hacer nuevas conquistas. Pero el si lo que los conservadores defienden tan valerosamente merece la pena de defenderse, y el si lo que los reformadores promueven tan furiosamente merece tanto esfuerzo, son cuestiones acerca de las cuales el racionalista

*puede tener sus dudas.* Hawthorne creía que el universo en que vivía es un universo moral, y que, siendo ello así, el trabajo principal del hombre, y su problema más urgente, es el establecimiento de una moral suficiente para vivir como debe.

Le parecía que el hombre tenía tanta probabilidad de ser hijo del diablo como de ser el primogénito de Dios, y que quizá mediante un proceso largo e incierto, llegue a ser más noble de lo que es ahora, pero que actualmente es un hecho que el corazón humano, si no es incurablemente perverso, tiene muy buenas relaciones de amistad con la perversidad y es a menudo indiferente, egoísta, maligno, y obedece a impulsos secretos de cuyos efectos es preciso precaverse.

*Hablando de Oliver Wendell Holmes:*

«Quisiera haberme familiarizado con algún autor clásico tanto como usted se ha familiarizado con Horacio. No hay nada que iguale a esos viejos perennes si uno quiere lectura amena, digna de caballeros. Y en cuanto a agudeza y sabiduría, ¿qué hay que pueda compararse con los escritos de Horacio? Lo envidio a usted. Tendré que entregarme a Juvenal o a Catulo (un poco traviosos pero simpáticos) o a algún otro que nadie más conozca... Me cansan tanto

las páginas aún húmedas de literatos de toda clase (peores que «las mujeres gritonas de Masblehead») y de ensayistas clamorosos, que quiero tener siempre cerca de mí algo calmado, establecido firmemente más allá de la crítica cavilosa—un vaso de Falerno refrescante y claro que haya estado en la bodega *poco más o menos dos mil años*». (Carta a J. O. Sargent).

Convenía Holmes en que Boston era provincial y tenía calles torcidas, pero «os digo que ha abierto y mantenido abiertos más caminos que conducen a la libertad del pensamiento y la palabra y a la libertad individual, que cualquiera otra ciudad de hombres vivos o muertos, por muy anchas que sean sus calles y muy altos que sean sus campanarios».

No le agrada a Holmes ser tachado de conservador.

«Si ser conservador es tapar todas las tuberías de salida del pensamiento y cerrar las ventanas del alma; apagar el sol del oriente y detener el viento del occidente; dejar que las ratas vivan a sus anchas en el sótano, y que la polilla se harte en las habitaciones, y que las arañas cubran los espejos con sus redes, hasta que de nuestra negligencia nazca el tifo del alma y principiemos a roncar en el coma o a rabiar en el delirio del achaque: si eso es ser

conservador, yo soy un *bonnet-rouge*, un gorri-colorado de las barricadas, amigos míos, en vez de ser conservador».

Constantemente insiste en lo intelectual como criterio de la excelencia de la sociedad, y su aversión a la burguesía se fundaba en la esterilidad intelectual de esa clase, la cual, según él, vive opulenta pero despreciablemente; a sus ricas comidas les falta la sal del ingenio, y a su vistosa ostentación le falta el adorno de los buenos modales. Es, a su ver, una clase vulgar, y para él la vulgaridad era más detestable aún que los dogmas de Calvino.

*Hablando de James Rusell Lowell:*

Como Charles Eliot Norton (*clarum et venerabile nomen*), no llevaba en el bolsillo los planos de una estructura nueva, sino que se contentaba con ensanchar y embellecer la vieja. Más quería servir a la cultura que a ninguna causa especial.

Aun cuando él viajó mucho en su biblioteca—como diría Thoreau—sus preocupaciones fueron siempre las de su vecindario; hasta el fin de sus días fue siempre extremadamente provincial.

En cuanto a la ciencia, nunca fue de su gusto. «La detesto—confesaba en su edad avanzada—; la detesto como el salvaje detesta la escritura, pues temo que de un modo u otro me cause mal». Muchas otras cosas le infundían temor en esos tiempos, y muy característico de él era decir: «Continúo cerrando resueltamente los ojos en ciertas direcciones especulativas». Naturalmente, no le gustó el trastorno teológico causado por los adelantos científicos. El racionalismo de Leslie Stephens lo intranquilizaba, y después de leer el *English Thought in the Eighteenth Century* (Las ideas inglesas en el siglo dieciocho) de ese escritor, decía: «Mi estado de ánimo es muy semejante al de los bretones que se levantaron contra el gobierno revolucionario y escribieron en sus banderas: *Volvednos nuestro Dios!*». Tampoco le gustaba el desasosiego económico que la revolución industrial estaba causando en Cambridge y el resto del país, y recordaba con pesar los tiempos tranquilos de antaño, «antes que la chusma irlandesa hubiera anonadado nuestra individualidad».

«Veo que la reforma no puede absorber todo mi sér, y estoy enteramente cierto de que los ojos se nos dieron para que a veces mirásemos alrededor de nosotros y no para que mirásemos siempre hacia adelante... Estoy cansado de la controversia».



«Es sólo guardando fidelidad a la verdad y ayudándola, como los hombres ven al fin cuán fiel les es ella a ellos y cuánto los ayuda». Esta declaración es para Lowell la síntesis de la sabiduría política.

Lowell nunca se adhirió del todo a la escuela del *laissez faire*, pues era federalista brahmín demasiado tenaz para entregarse por completo; pero sus inclinaciones a veces lo llevaban al campo de las ideas inglesas, las cuales servían de tónico a su conservatismo nativo, muy desasegado por las nuevas teorías colectivistas, y despertaron en él fuertes dudas acerca del experimento democrático. La reacción contra el radicalismo de sus tiempos de abolicionismo preponderó al fin definitivamente. «*Tenemos que volver de la democracia a nuestra forma original republicana*», escribía a Leslie Stephens en 1879, y en 1888 declaró que la república podía subsistir únicamente «mientras prevalezcan las ideas de los hombres que la fundaron». (*The Independent in Politics*). Advirtió a Thomas Hughes del peligro de la extensión del sufragio en Inglaterra, y cada día se inclinaba más a la opinión de que la democracia es un lodazal de incompetencia y corrupción, que quizá se reduzca al «gobierno de los peores en beneficio de los malvados».

Confesaba con franqueza que tenía miedo al

poder del proletariado, y con acritud *condenaba las medidas de legislación social*. En 1869 escribió a Godkin: «Ojalá que usted le dispare una andanada a Henry Wilson por haber saludado con su bandera el barco pirata de los defensores de la jornada de ocho horas... Desprecio profundamente a un hombre que finge creer que ocho es igual a diez». Y un poco más tarde escribió a Norton: «Algunas veces me entristezco al pensar en lo que aquí pueda suceder, con nuestra educación universal de periódicos baratos, nuestros partidos de obreros con su poderosa palanca del sufragio, cerebros vituperadores... Pero cuanto más veo, tanto más admiro nuestro maravilloso sistema de equilibrio y limitación mutua de los poderes del Gobierno, según se manifiesta en la historia (¡nuestra Constitución le va muy en zaga!) y tanto más crece mi confianza en el sentido común general y las buenas intenciones de la humanidad... Me solazo sumamente en Dios. Creo que nosotros lo divertimos mucho a veces, pero que le gustamos, en general, y que no nos dejaría jugar con el fuego tan descuidadamente como nos deja hacerlo, si no supiese que *su universo es incombustible*. ¡Cuántas veces he visto a la Iglesia y al Estado mandar sus máquinas de apagar incendios, rechinando por las calles para ir a apagar... ¡nada! ¡alarma falsa! Y cuando el cielo está nublado, ¡qué de resplandores puede lanzar una chocilla ardiendo!».

Lowell halló alivio feliz a sus perplejidades crecientes, en su misión al extranjero, la cual fue gran fortuna en tiempos en que su espíritu principiaba a aletargarse. En 1869 había dicho: «Páreceme que si yo fuese arrebatado súbitamente a Londres, el cerebro me hormiguearía vivamente, como el pie que ha estado entumecido, cuando la sangre principia a circular otra vez. Los libros son buen forraje seco, y de ellos podemos vivir; pero los hombres son el único pasto fresco». Londres maduró a Lowell, en este suave otoño de su vida. Se adaptó al mundo congenial de la grande urbe tan fácilmente como Irving lo había hecho en la generación anterior, y, como a éste, la sociedad inglesa le pareció encantadora. Amaba sinceramente a Inglaterra, y bajo la influencia estimulante en que allí vivió, se convirtió en liberal inglés bondadoso. A los liberales extremos, como Mill, Arnold y John Morley, no los encontró tan de su gusto, y de los pensadores radicales como William Morris no parece haber tenido ni noticia. Pero el liberalismo inglés del tipo profesado por Gladstone era pariente cercano del brahminismo (1) de Cambridge; en él

---

(1) *Back Bay* (la Bahía de atrás) era el nombre de un barrio de Boston que se convirtió en residencia de la gente de tono. En Back Bay vivían los brahmines (*brahmims*), esto es, los intelectuales de alto rango social: Holmes, Lowell, etc. Para los que nos formámos en Europa, fue siempre Boston, la de antaño, la ciudad americana de nuestra predilección.—E. J. R.

se aunaban la dignidad y la consciencia; el gobierno que predicaba era en el concepto de Lowell la forma ideal de gobierno, el mando de caballeros temerosos de Dios que se esforzaban en cumplir fielmente su deber de custodios del bien público y que gobernaban porque eran los más dignos de gobernar. En aquel mundo ningún otro norteamericano de esa época hubiera podido entrar con mayor congenialidad que Lowell; y si la congenialidad con el país a que se acredita es uno de los requisitos principales de un embajador, el presidente Hayes no se equivocó al enviar a Lowell a la corte de Saint James. No hay duda de que Lowell era representante distinguido de la cultura brahmina; mas no es tan indudable que fuese representante de las realidades sólidas de los Estados Unidos.

---

«El presente y el porvenir pueden considerarse como rivales, y quien solicite los favores del uno no ha de esperar sino los desdenes del otro».

## *Notas de Historia*

Por ALFONSO JIMENEZ ROJAS

---

15 de Setiembre

### EN GUATEMALA

1821.— «Guatemala, capital del antiguo reino del mismo nombre y una de las colonias de España en la América septentrional, proclama su independencia absoluta e invita a las demás provincias del Reino a que sigan su ejemplo y procedan a elegir diputados con el objeto de formar un Congreso Nacional. La reunión de este primer cuerpo representativo debía verificarse el 1.º de marzo de 1822; pero los acontecimientos que se sucedieron en el curso de este mismo año la retardaron hasta el siguiente de 1823».

### EN COSTA RICA

1842.—Morazán, hecho prisionero en la ciudad de Cartago, después de su derrota, y conducido de nuevo a San José, es pasado por las armas en la Plaza Principal—hoy Parque Central—en unión de Villaseñor. Perece también el Lic.

don Miguel Saravia, secretario de Morazán, joven muy estimado por sus prendas y fino trato, quien se suicida en la creencia de que va a correr igual suerte que aquéllos.

El espectáculo de la muerte de un semejante, aun acaecida en condiciones normales, nos con-trista siempre; pero cuando ella es obra del hombre nos horroriza y anonada; que no hay cosa más horrible en el mundo que el hombre convertido en instrumento de destrucción y muerte! Y, sin embargo, tal es el fenómeno diario. Una vez desencadenadas las pasiones feroces, con razón o sin ella, es casi imposible, dada nuestra organización imperfecta, impedir que nos lleven a los extremos que la reflexión califica de malos. Jamás podrá el corazón bien conformado aprobar la muerte del enemigo vencido, por grandes que sean sus faltas. Por eso, sin dejar de explicarnos el hecho, deploramos que a la campaña justísima emprendida por el pueblo de Costa Rica contra Morazán y su gente, y tan felizmente terminada, siguiese el cadalso político, mil veces maldito y no abolido todavía por los pueblos que blasonan de civilizados.

Morazán, hombre de reconocidas y celebradas dotes y digno por cien títulos de larga vida, acabó su existencia de modo tan lamentable, tras del fracaso de sus planes en Costa Rica, cuyos derechos, ciego o mal aconsejado, holló en hora aciaga.

1887.—El Presidente de la República, Lic. don Bernardo Soto, y el Secretario de Estado en el Despacho de Fomento, Lic. don Cleto González Víquez, expiden un decreto sin preámbulo que dice: «Procédase por la Secretaría de Estado en el Despacho de Fomento a formar en la *Plaza de la Laguna* de esta capital, un parque que se llamará *De Morazán*». El parque se formó y se llama así, sin que muchos sepan por qué. ¿Significa eso la condenación de los sucesos de 1842 o tuvo por objeto ganar ciertas simpatías fuera de Costa Rica, con un acto de suprema inconsecuencia? ¡Mera puerilidad! Curioso sería que un transeúnte nos preguntara: ¿Morazán es el nombre de algún bienhechor de este país o, por lo menos, de esta ciudad?, pues tendríamos que responderle: —Nó, señor: Morazán fue un general centroamericano que llegó a ser Presidente de Costa Rica por la fuerza y a quien cinco meses después el pueblo depuso y castigó con la muerte; no le debemos cosa alguna como no sea una guerra y sus males; hasta hace poco ostentaban algunas casas antiguas de San José los agujeros abiertos por las balas que enviara a nuestros padres y abuelos con la intención de darles en mitad del pecho.

En 1887 no se conocían probablemente los Chapuí, Umaña, etc., y hubo de tomarse un nombre exótico para bautizar un parque público en cuyo centro está el monumento a la memoria de don Próspero Fernández.

1888.—Reúnesse por primera vez en esta capital un Congreso de Plenipotenciarios de las repúblicas centroamericanas.

Fueron delegados al Congreso los señores Lic. don José Farfán h., de Guatemala; Lic. don Jerónimo Zelaya, de Honduras; Dr. don Francisco E. Galindo, de El Salvador; don Isidro Urtecho, de Nicaragua; y Lic. don Ricardo Jiménez, de Costa Rica.

Permaneció reunido el Congreso bastante tiempo, tanto que los Delegados de las otras repúblicas no salieron de San José hasta el 11 de enero de 1889. Ello dio ocasión para multitud de fiestas que interrumpió el terremoto del 30 de diciembre de 1888, y en las que se derrochó sin medida.

El resultado de los trabajos del Congreso fue, según declaración oficial, un Pacto Internacional, reformatorio del Tratado General de Paz, Amistad y Comercio, celebrado en Guatemala el 16 de febrero de 1887 y una Convención Postal y Telegráfica. Mediaron los delegados de Guatemala, El Salvador y Honduras en las desavenencias entre los gobiernos de Costa Rica y Nicaragua acerca de la vieja cuestión de límites, sometida a la decisión del Presidente de los Estados Unidos.

15 de Setiembre

REMINISCENCIAS—Año de 1884

### *La Biblioteca Universitaria*

En el año de 1884, memorable por más de un motivo para los costarricenses, no había en San José biblioteca pública alguna, ni señal de que el Gobierno pensara en establecerla, cuando tuvo a bien la Directiva de la Universidad de Santo Tomás aumentar la que poseía y abrirla al servicio de todos.

Presidía la Directiva el Rector, Lic. don Vicente Sáenz.

La inauguración solemne de la Biblioteca Universitaria se verificó el lunes 15 de setiembre, aniversario de nuestra Independencia del gobierno de España. El Dr. don Lorenzo Montúfar, su hijo Lic. don Rafael Montúfar y el Lic. don Alejandro Alvarado pronunciaron discursos en ese acto.

¡Cosas de la suerte! ¿Quién hubiera podido prever entonces que antes de que se cumplieran cuatro años de la fundación de la Biblioteca, hallándose ésta en pleno auge, sería despojada de ella la Universidad? En efecto: ya en 1888, gracias a muchos desinteresados esfuerzos, la Biblioteca crecía y progresaba, era cada día más conocida dentro y fuera del país, y con un pequeñísimo costo mensual prestaba bastantes servicios. ¡Ah!...

pero no dependía del Gobierno y éste no podía verla con buenos ojos en manos ajenas. La prosperidad misma fue adversa a la institución, pues llegó a constituir un incentivo más para destruir la Universidad, mediante un fácil abuso de poder, a fin de apoderarse de su edificio—sin igual aun hoy—, de su biblioteca y de su capital, consolidado en el Tesoro Público.

Don Miguel Obregón Lizano fue el primer Bibliotecario y trabajó empeñosamente mientras sus demás ocupaciones se lo permitieron.

Por mi parte, desde el 17 de setiembre dicho concurrí diariamente a la Biblioteca, en donde había mucho bueno que leer y se disfrutaba de tranquilidad.

Ocupaba la Biblioteca la sala situada al Este del vestíbulo y comunicada con éste directamente, la sala contigua de la esquina Nordeste y la siguiente por el Sur, con puertas esta última y la primera al corredor o galería, y todas con ventanas enrejadas hacia la vía pública.

A las obras de la antigua biblioteca, algunas valiosas aunque incompletas, se habían agregado otras seleccionadas no sé por quién e importadas recientemente por cuenta de la Universidad. Casi todas estaban marcadas con el nombre correspondiente grabado en la pasta. Eran en su mayor parte de ciencias naturales, matemáticas, geografía, historia, medicina, derecho, legislación, literatura clásica española, latina, etc. Había muy

pocas novelas contemporáneas, contándose entre las existentes las primeras y más celebradas de Pérez Galdós. También había buenas revistas extranjeras.

Se abría al público la Biblioteca en los días de trabajo, de 4 a 10 p. m., y de 11 a. m. a 6 p. m. en los demás días.

Ya en enero de 1885, me confió alguna vez el señor Obregón el cuidado de la Biblioteca, por saber que me interesaba por ella con toda devoción.

La guerra emprendida por el gobernante de Guatemala, don Justo Rufino Barrios, para someter por la fuerza a los países de la América Central que no le reconocieran como jefe de toda ella, nos sorprendió a los costarricenses el domingo 8 de marzo de 1885, en que se reunió extraordinariamente el Congreso para tratar del asunto. Resuelto que el país debía ir a la guerra, el día 10 se hizo con los toques de ordenanza por las bandas y con salvas de artillería, el llamamiento general al servicio de las armas. La gente acudió en masa a los cuarteles, cuyas puertas se abrían de par en par; y como se llenaron completamente, el Gobierno ocupó cuantos edificios grandes había, el de la Universidad, como siempre, en primer término.

La Biblioteca, por consecuencia, no pudo ser abierta mientras duró aquella especie de pesadilla, que no nos permitía ni descansar tran-

quilamente a los que no tomámos parte en la expedición a Nicaragua y su frontera con Honduras, cuyo gobierno se había doblegado al de Guatemala.

Por casualidad no recibió daño la Biblioteca, cuando ni los retratos de cuerpo entero que estaban en el salón de actos de la Universidad se libraron de los ultrajes de la soldadesca. Y en mayo, terminada la guerra, abrió de nuevo sus puertas la Biblioteca.

El 29 de enero de 1887 me llamaron a reemplazar al señor Obregón por seis meses en el puesto de Bibliotecario, y la recibí de él a los dos días. El propio día 31 logré que entrara a la Biblioteca el Rector, doctor don Carlos Durán, y le expuse las necesidades más urgentes que en ella notaba. En cuanto a muebles, desde luego me facultó el Rector para que de los destinados al extinguido Instituto Universitario (fundado y sostenido por la Universidad), tomara los que pudieran utilizarse en la Biblioteca. Entre ellos había buenos pupitres de hierro y madera importados de los Estados Unidos por cuenta de la Universidad.

El primer trabajo extraordinario a que me dediqué inmediatamente fue el de clasificar las obras por materias, darles una colocación mejor, a la vez que inventariarlas, para luégo completar el catálogo existente. De paso examinaba los índices de las obras que no conocía, para tener

siquiera una ligera idea de su contenido. Esto me sirvió para responder a las preguntas que me hicieran los concurrentes, especialmente los niños.

A propósito de consultas, me acuerdo de que fui propagandista de ciertas obras, pues cuando con toda confianza me manifestaban los concurrentes que deseaban leer *algo bonito*, es decir, que no fuera científico o clásico, les indicaba alguna de las novelas de Pérez Galdós; por ejemplo, los primeros *Episodios Nacionales*, a los muchachos; *Gloria*, *Doña Perfecta*, *Marianela*, *La Familia de León Roch*, etc., a los mayores. Así se despertaba en algunos la afición a la lectura, y de las novelas, poquísimas y escogidas, pasaban los lectores a la historia, etc.

Combatí las malas prácticas de algunos lectores y paulatinamente fui habituando a todos al orden en los términos más suaves.

La mejora del alumbrado, que era muy deficiente, se verificó en abril del expresado año. En ello intervino con buena voluntad el Vocal Lic. don Máximo Fernández, comisionado al efecto por la Directiva.

Se dotó en seguida a la Biblioteca de un sirviente especial, pues el conserje no era capaz de hacer lo que requería el adelanto de la Biblioteca. Las lámparas que se usaban, de petróleo, exigían vigilancia constante y aseo cuidadoso. A lo mejor estallaban los tubos por defecto del mecanismo o por causa de una ráfaga de aire,

de demostrar que los libros habían sido regalados para la Biblioteca hacía como tres años. Se comprende el enojo del iracundo Subsecretario. Este último incidente no ocurrió en 1887, sino en 1888, cuando el Gobierno parecía deseoso de pretextos para reñir con la Universidad y acalorarse a fin de no tener que matarla a sangre fría.

En setiembre se habló de la propuesta de compra del edificio de la Universidad hecha por el Gobierno, el cual ya no disimulaba su deseo de adquirirlo a todo trance. Así se le quitaba importancia a la Universidad y se conseguía indirectamente la extinción de ella, pues las corporaciones, como los individuos, tienen necesidad de asiento fijo, hasta para infundir respeto. Ignoro los detalles del caso. Sí puedo afirmar con certeza que la noticia me pareció un mal síntoma, como los hechos posteriores lo probaron.

A pesar de todo me empeñé en que se hiciera otro pedido de libros y la Directiva así lo dispuso. En la elección de las obras, me ayudaron bondadosamente los estudiantes don Antonio Zelaya y don Octavio Quesada. Del pedido se encargó la sociedad comisionista «Luján y Mata», en octubre. Los libros vinieron algunos meses después.

Además continué esforzándome por atraer a los lectores. Con tal objeto logré que algunos periodistas visitaran la Biblioteca y publicaran sus impresiones respecto a ella. El conocido es-

critor don Juan María Murillo dedicó al establecimiento un notable artículo que, por desgracia, no conservo.

Llegó por fin el año de 1888, fatal para la Universidad y, en consecuencia, para la Biblioteca.

El nuevo Rector, señor Lic. don Juan Ulloa (padre), visitó la Biblioteca el 17 de enero. Estaba animado de los mejores deseos, pero pronto le faltó la salud; murió tras corta enfermedad, y su entierro fue el domingo 24 de junio.

Poco más de un mes después, el 4 de agosto, fue el señor Lic. don Félix A. Montero, segundo Vocal de la Directiva, quien me visitó en la Biblioteca para comunicarme la infausta nueva de la disolución de la Universidad, pues habiéndola propuesto al Congreso el señor Presidente de la República, Lic. don Bernardo Soto, por medio de su Secretario de Instrucción Pública, señor Lic. don Mauro Fernández, era cosa decidida la disolución; que ni el Poder Ejecutivo, dadas las circunstancias, habría de volver sobre sí, ni el Congreso se negaría a complacerle. Sin embargo, el señor Montero pensaba lo mismo que yo, que por el buen nombre y decoro de la Universidad, precisaba hacer por ella lo que se pudiese. Le había de tocar a don Félix, como le tocó, por la defección de otros, ocupar el primer puesto al frente de los defensores de la Universidad.

Las últimas asambleas generales se verificaron el 7 y el 15 de agosto. En aquélla, muy

concurrida, se acordó suplicar al Presidente, por las razones que se expusieron, que desistiera de su idea. En la del 15, con escasa concurrencia, como era natural, no se trató sino de protestar y conferir poder al señor Montero y al Lic. don José Vargas M. para la defensa de los derechos de la Universidad.

Estando para consumarse el plan contra la Universidad, procedí a preparar la Biblioteca para la triste entrega: cual si amortajara el cadáver de una persona querida, después del aseo del establecimiento en general y de los libros en especial, puse en los armarios sustancias que hicieran alejarse a los animales nocivos. El día 21 de agosto la entregué al jefe accidental de la Universidad, Lic. Montero, y con profundo dolor, abandoné el edificio aquél donde había estado el hogar de mi inteligencia, no menos amado que el de mis padres, y del cual expulsaron luego a los profesores y estudiantes así como los libros de la Biblioteca, para siempre.

Al día siguiente se publicó en *La Gaceta* el decreto de muerte.

Supe que el Lic. Montero había guardado en su casa el archivo universitario para evitar que fuera destruido, como lo fue el del Instituto Nacional. Años después, muerto en el ostracismo aquel noble patriota, con anuencia de su familia recogí lo que de ese archivo conservaba, y, en

mi propio nombre, lo entregué a los Archivos Nacionales.

No cerró las puertas de entrada al edificio el Lic. Montero, según me dijo, en atención a que allí habitaba el viejo conserje don Simón Vargas con su familia; pero sí guardó las llaves de la Biblioteca. Para averiguar el paradero de ellas, le pareció más propio a cierto Secretario de Estado, no enviar a pedírmelas, sino levantar una información policiaca como si se tratara de un hurto. Me hicieron comparecer ante un Agente Principal de Policía para que diese mi declaración como indiciado. En seguida cambió la táctica respecto al Lic. Montero: comisionó nada menos que al Gobernador de esta provincia, Lic. don Francisco María Fuentes, para que le rogara que las entregase, lo que hizo don Félix a cambio de un documento en que consignó lo que tuvo por conveniente, suscrito por el Gobernador. Alguien me dijo que no había sido el señor Secretario de Instrucción Pública el autor del procedimiento contra mí dirigido, y lo creí, pues él era incapaz de ordenar semejante cosa, que acusaba pequeñez de ánimo.

En la legislatura de 1890, cambiado el personal del Gobierno y por iniciativa del Lic. Montero, a la sazón Diputado, el Congreso—integrado en parte por los antiguos Diputados—derogó el decreto de abolición de la Universidad, dispuso restablecerla y entregarle su edificio y los otros

bienes. Nadie se opuso abiertamente a ello, pero el Poder Ejecutivo no cumplió el nuevo decreto. Todo permaneció y permanece como estaba. Los enemigos de la Universidad dominaban entonces y han seguido dominando. De otro lado, hay intereses creados en contra de ella. Es evidente que con esto se contó en 1888: disuelta la Universidad, de día en día iría siendo más difícil restablecerla. Además, la acción del Poder Ejecutivo se encaminaría principalmente a reclutar partidarios interesados en el sostenimiento del sistema centralista. Ahora se necesitan en gran cantidad empleos, prebendas y encargos lucrativos, para recompensar a los que colaboran con los aspirantes al poder en las farsas electorales, tanto que para tener más de qué disponer se ha entronizado el recurso del monopolio de los negocios. Y los *sentimentalistas* o *cabezas calientes*, como nos decían en 1888, no poseemos ninguna influencia.

San José, Costa Rica, setiembre 1927.

---

Apenas comenzamos a irritarnos en una controversia, hemos dejado ya de contender por la verdad y estamos peleando por amor propio.

CARLYLE

## *La abogacía*

De *Adolfo Zerboglio*

En nuestra sociedad no puede decirse terminantemente que el dedicarse a una profesión dependa del tener disposiciones o capacidad marcada para dicha profesión. Diferentes circunstancias, particularmente de índole económica, llevan a muchos, no hacia lo que les gustaría o correspondería mejor a sus aptitudes, sino hacia lo que parece más productivo. Tradiciones de familia, autoridades de superiores o de parientes, sucesos accidentales, empujan a tantos en una vía cualquiera, independientemente de toda inclinación o elección voluntaria! No obstante, las condiciones individuales entran por algo al escoger una ocupación o un oficio. Hay cualidades indispensables, o al menos favorables, que impiden el dedicarse indiferentemente a la medicina o a las matemáticas, a la herrería o a la carpintería, a trabajos de inteligencia o de mano, de atención, de concepto, de fuerza, de agilidad, etc.

Por esto, la profesión constituye, si no un síntoma absoluto, un síntoma relativo de lo que uno es y vale moral y físicamente. Las profesiones más elevadas socialmente, como la abogacía, siendo un poco menos dominadas por el despotismo de la necesidad y exigiendo su ad-

quisición fuertes gastos y largos años de estudio, sirven mejor para revelar por sí solas las dotes de quien las ha preferido.

\*  
\* \*

Si las profesiones presuponen caracteres orgánicos en los que las profesan, ellas a su vez tienen por efecto el desarrollar ciertos hábitos físicos y mentales. Las consecuencias del uso continuo de un órgano y de la especialización de una función son ya maléficas, ya benéficas, y más o menos complicadas, de modo que el órgano se atrofia o se hipertrofia y se producen, por la ley de la correlación de los caracteres, modificaciones buenas o malas de otras funciones o de otros órganos que tienen con los primeros alguna conexión. El soldado acaba por asumir un carácter marcial y fiero, un sistema de razonar rígido, casi intolerante, un comportamiento franco y hasta áspero y prepotente; el sacerdote se vuelve de aspecto pacífico y compungido; el marino se hace audaz por un lado y supersticioso por otro, y camina y se mueve de distinto modo que el habitante de la llanura o del monte.

\*  
\* \*

Las monografías sobre la fisio-psicología de las profesiones son raras, y sería por cierto oportuno

tuno que fueran numerosas, ofreciéndonos elementos para elegir el amigo, el esposo, el administrador, el representante en la Cámara, el estadista, y librándonos de los errores y prejuicios que nos hacen exaltar y admirar ciertas profesiones.

\*  
\* \*

Los abogados, contemporáneamente, son tenidos por la opinión, en grande o en escasa estima.

El hombre de leyes es para el pueblo—al menos en Italia—algo de superior. Los abogados se encuentran en mayoría en los consejos municipales, en los parlamentos, en todas las administraciones. Y no sucedé esto únicamente porque los abogados persigan más tales cargos o estén más desocupados o porque entre la abogacía y tales oficios existan trabazones más estrechas: es que de veras el título de abogado es más sugestivo.

Por otro lado, no se escatiman a los abogados los epítetos más injuriosos, haciendo a menudo de intrigante y abogado una sola cosa. Tal desprecio es de fecha vieja. Woltermann intituló un libro nada menos que *De nequitia advocatorum*. Napoleón quería «echar los abogados al río». Ariosto, Pacini, Voltaire y otros literatos y filósofos los cubrieron de contumelias: *Latrator, togatulus, formularius*, etc., fueron los apodos obsequiados.

Si los abogados son tan diversamente valorados, debe haber su motivo. Este motivo puede encontrarse, no ya en la profesión, sino en las personas que la ejercen; un poquito en el hecho de que, debiendo el abogado, para tutelar los intereses de unos, dañar los de otros, la abogacía tiene que aparecer a través de las dos facetas de la ofensa y de la defensa; y otro poco, en fin, en la gran participación de los abogados en la política, que los envuelve en sus odios y en sus simpatías.

\*  
\* \*

Pero la abogacía, de por sí, ¿qué tendencias del ingenio y qué estados morales reconoce como más adecuados? ¿Con cuáles sentimientos se acuerda y cómo educa la mente y el corazón?

Ante todo conviene distinguir el abogado penalista del civilista. Estas dos ramas de la abogacía divergen profundamente y aun llegarán quizá a formar dos profesiones distintas. La cultura que importa al penalista es bien diferente de la que importa al civilista. Quien debe defender al ladrón, al concusionario, al asesino, urge que conozca más el corazón humano, las pasiones, el ambiente social donde el delito nace y se cumple, que las pandectas y el derecho canónico, importantes para quien deba discutir contratos, sucesiones, etc.

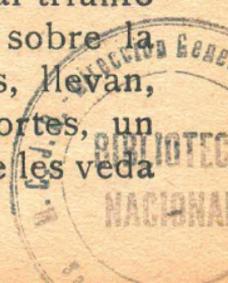
\*  
\* \*

Requisito esencial del criminalista es el saber hablar. Quien posee el arte de la palabra posee la dote más saliente para la defensa en los procesos penales. La palabra ha de ser caliente y aguda, que coja los lados más opuestos de un argumento y haga ver de una tesis lo contrario de lo que percibe la parte adversaria. El penalista debe ser rápido en rebatir las objeciones, rapidísimo en aferrar una situación, evitar emboscadas curiales, tender lazos y aplicar el derecho al punto en controversia.

¿Tales cualidades intelectuales se concilian con el verdadero talento, descubridor de nuevos horizontes en el campo de la idea? ¿Y el uso de tales cualidades ayuda a desarrollar el ingenio, en el sentido más elevado, favoreciendo su aplicación a otros ramos de la actividad social, al arte, a la ciencia, a la política?

Una respuesta aproximativa puede ser sacada de la observación sintética de casos conocidos y de las leyes que rigen las manifestaciones de la inteligencia.

Los abogados, todos, obligados a la cavilación, al ardid sistemático, a las minucias, al triunfo frecuente de la forma y de la fórmula sobre la sustancia, a discutir de todo y de todos, llevan, aun fuera de los tribunales y de las cortes, un espíritu casuístico, un poco mezquino, que les veda



elevarse a las concepciones más grandiosas y atrevidas, no metafísicas y no retóricas (Lombroso). Quien haya asistido a debates parlamentarios o leído sus manifiestos, habrá notado cómo los abogados, aparte los verdaderamente grandes, son ruines, se pierden en divagaciones y sofismas que huelen a práctica de lucha judicial.

El abogado que por quince o veinte años ha pasado mañana y tarde entre papeles legales, clientes y colegas, pleiteando ante jueces, respirando el aire de cancillerías, consultando como su biblia volúmenes de jurisprudencia, difícilmente afrontará con criterio amplio un problema social y difícilmente comprenderá una nueva doctrina que se emancipe de las trabas de lo viejo y de lo convencional. La cantidad misma de cuestiones disformes acerca de las cuales debe diariamente el abogado exponer su parecer, si adiestra de cierto modo el ingenio, habitúa a la superficialidad y distrae de las indagaciones cuidadosas y profundas.

\*  
\* \*

Mientras el ejercicio profesional conduce a las consecuencias que he trazado, las condiciones propicias a este ejercicio mismo no parece que consistan en la subsistencia de un ingenio alto y potente.

Hay—¿quién lo negaría?—hombres de ingenio privilegiado, multilateral, gallardo, que se han

dedicado a la abogacía, resultando naturalmente sumos; pero, en general, un hombre de mente escogida, no coartado por contingencias particulares, y dotado de un carácter a la altura de su ingenio, de mala gana escogerá la abogacía como fin supremo y arena de su vida y de sus fatigas.

Un abogado francés, Paillet, a quien se preguntaba qué dotes precisa reunir para lograr un alto grado de perfección en el ejercicio de la abogacía, respondió: «Dad a un hombre todos los dones del espíritu, dadle todos los del carácter, haced que haya visto todo, aprendido todo y retenido todo, que haya trabajado sin descanso treinta años de su vida, que sea a la vez un literato, un crítico, un moralista, que tenga la experiencia de un viejo, el ardor de un joven, la memoria infalible de un niño... y quizá con todo eso formaréis un abogado cumplido».

Lo cierto es que quien tenga una mente superior huirá de lanzarse en una carrera que exige tantos retorcimientos del espíritu y demasiadas adaptaciones de las propias convicciones y de la propia cultura.

\*  
\* \*

Más delicado y arduo es resolver el nudo de las relaciones entre la abogacía y la moral.

Homer Greene ha dado por título a un artículo suyo inserto en *North American Review*, la siguiente pregunta: *¿Puede un abogado ser honrado?*

Se inclina Greene a responder negativamente y sostiene que en América los abogados, como clase, son considerados como *no* honrados. «Si el abogado, dice, llega a saber de hechos o precedentes que podrían mejorar la posición de su adversario, es él la última persona del mundo en descubrirlos. Trata de esconder; y esto no sólo conduce al engaño, sino que es de por sí un engaño. Ahora, si el engaño es una de las condiciones para vencer, ¿no puede decirse que en el ejercicio de la abogacía hay una norma de conducta moral, si no queremos decir inferior, ciertamente diversa de la que debe gobernarnos en las relaciones de la vida?». «Desde otro punto de vista, la cuestión puede plantearse así: ¿Puede un abogado tener buen éxito en su profesión siguiendo estrictamente la vía de la integridad y las sugerencias de la consciencia? Supongamos que durante un debate civil o criminal un abogado debe levantarse y renunciar a la defensa de su cliente, porque ha visto claramente que la razón está del otro lado; ¿qué sucedería? Que a poco quedaría sin clientes. El cliente no va donde el abogado a recibir lecciones de ética; necesita encontrar alguien que le haga vencer la causa, y para ello va donde el abogado». «Para ganar está dispuesto a agarrarse de todos los ganchos que la ley, bien o mal interpretada, parece presentar; y todo lo que él llamaría en otros casos cavilaciones, sofismas, subterfugios y peor, pretende

que sea empleado en su beneficio». «Por cierto, no hay otra profesión en la que el hombre sea tan constantemente y tan fuertemente tentado de desviarse del sendero de la integridad».

No falta base a la requisitoria del escritor americano contra los abogados. Defender a los peores bribones, aunque se les conozca, y proteger derechos más que inciertos en daño de pobre gente que está en el buen derecho, no parece la cosa más bella del mundo, ni la mejor escuela de honradez y de carácter. El abogado que acepta cualquier causa bajo el especioso pretexto de que a todos les toca ser defendidos, no es una persona de bien, y la profesión de tal modo ejercida es realmente un feo oficio pervertidor. No obstante, la profesión de abogado exige—principalmente en materia penal—que se sostenga a personas y derechos de cuyas razones y de cuya justicia se tiene tan poca presunción, que se aceptaría igualmente el cuidado de atacarlas y sostener los derechos opuestos.

La abogacía engendra el hábito de separar mal lo verdadero de lo falso y alienta el cerebro para la defensa de los principios más disparatados.

\*  
\* \*

Y luego, la costumbre de encontrar para cada falta una excusa, puede producir efectos desfavorables sobre el carácter, atenuando demasiado las

malas tintas de los actos peores. Un hombre íntegro quedará tal por mucho que abogue; pero una consciencia flaca no se robustecerá con el ejercicio metódico de la abogacía.

Una estadística de los abogados delincuentes podría darnos una mala medida del valor ético de la profesión legal; una medida apenas aproximativa, puesto que el abogado adquiere, mediante el conocimiento de las leyes y procedimientos, una especial habilidad para sustraerse a las penas, aun cometiendo acciones criminales, y la abogacía enseña el modo de perpetrar actos equivalentes a delitos, pero lícitos ante los códigos.

\*  
\* \*

Al abogado por temperamento, que vive en la abogacía y por la abogacía, es prudente no sacarle del templo de Temis para otros oficios. Aun en ese templo, el abogado no será nunca, sino por excepción, un hombre verdaderamente grande.

(Trad. y arreglo: E. J. R., 1901).

## *El pueblo más civilizado*

(Extracto de un artículo de *Edwin Muller*, de febrero).

Consideramos a los Estados Unidos como la nación más rica. Y bien, lo es más Suiza, pequeña, sin salida al mar y sin colonias; sin suficientes tierras arables, sin hierro, sin petróleo, sin carbón, sin ninguna de las materias primas requeridas por sus industrias. En 1928, año de prosperidad, la riqueza por persona fue en los E.U. de 2098 dólares, y en Suiza de 3126. En ella, el desempleo no alcanza al 2 por ciento de la población, y el nivel de vida es el más alto o uno de los más altos del mundo. Este milagro lo explica el carácter de los suizos: trabajadores, pacíficos; muy patriotas, pero no nacionalistas; individualistas dispuestos a la cooperación voluntaria.

No cuentan más que con dos días de fiesta nacional: uno que cae en domingo y otro que no se celebra sino en la tarde.

Teniendo que vivir de la exportación y no pudiendo competir con sus vecinos en la *cantidad*, han logrado superarlos en la *calidad*.

Los suizos desconfían del poder confiado a una sola cabeza. Una comisión de siete miembros, de la misma categoría, ejerce el poder ejecutivo, el cual está subordinado al legislativo. La administración la desempeñan funcionarios de carrera, que no cambian aun cuando el gobierno cambie.

## *Del Director*

El escritor Peter J. Steincrobn ha dicho recientemente: «Abundan los hombres y las mujeres que han adoptado, como artículo de fe, lo siguiente: Para conservarse fuerte, para mantenerse a punto: *Ejercicio!* Y eso hace generaciones que dura, sin una protesta, y lleva trazas de continuar».

Y formula luégo la protesta, recomendando en resumen a las personas mayores de cuarenta años, que se abstengan de ejercicios, particularmente musculares. En su razonamiento, sea al hablar de la obesidad, sea al hablar del deterioro visible o invisible de un individuo, se fija siempre solamente en el desgaste que el ejercicio puede producir. Este razonamiento me parece erróneo. El ejercicio muscular, inteligentemente proporcionado a las fuerzas aparentes de una persona, es indispensable a toda edad, aun en los últimos días de la existencia; es un estimulante general que regula el metabolismo y asegura la armonía entre todas nuestras funciones, y como consecuencia, nos hace sentirnos alegres y mejor dispuestos. Y esto es lo principal. Si hemos de hablar de excesos, diré que prefiero el exceso de ejercicio al exceso de reposo.

Sí estoy enteramente de acuerdo con el autor citado cuando dice: «El antídoto número uno contra los males del ejercicio es adoptar una pos-

tura o posición correcta, siempre. Y esto debe observarse al sentarse, al andar y al estar de pie; espina recta, abdomen recogido, barba levantada. Así, de un modo constante, sin abandonarse jamás, se adquiere la íntima sensación de bienestar físico, porque se mantiene constante el nivel de nuestro sistema muscular». Con estas palabras, desbarata su protesta precedente.

\*

Los baños de natación escolares han inspirado siempre cierto recelo, por varias razones, y particularmente por haberseles atribuido la culpa del contagio de algunas conjuntivitis y de fiebres intestinales. Hoy que parece completamente demostrado que la vía principal de contagio de la parálisis infantil la constituyen los excrementos, dicho recelo ha crecido de punto. La verdad es que la persona que se juzga más limpia contamina el agua en que se baña. ¿Cómo hacer entonces para poder sostener en las escuelas los ejercicios de natación, tan necesarios? Es indispensable obligar a los alumnos a tomar, inmediatamente antes de la natación, un baño de aspersión cuidadoso e individual. Sin este requisito, deben desaparecer las piscinas escolares.

\*

La naturaleza le tiene horror a la igualdad. No hay dos dedos que sean iguales; ni hay dos puestas de sol que sean idénticas.

\*

Que el hombre de negocios no olvide que el oro no es más que un medio: que él debe ser el dueño del oro, no su esclavo. Que el Gobierno se limite a mantener el orden natural y a hacer efectiva la administración de justicia, en el sentido restricto y antiguo de estas expresiones: que no se sienta todopoderoso. Que el maestro de escuela se limite a enseñar lo poco que él entienda bien y que puedan entender sus alumnos, y sepa que no educará sino en la medida misma en que instruya.

\*

Los rayos cósmicos observados por Edison hace unos cuarenta años, parecen tener su principal origen en las capas más altas de la atmósfera, allí donde ya no existe oxígeno, a una altitud mayor de unos 6.000.000 de metros. Son extremadamente penetrantes: mil veces más que los rayos del radio, los cuales lo son mil veces más que los rayos X. Nos bañan de día y de noche, aun a través de las paredes y techos de las casas, que, para no serles transparentes, tendrían que ser de plomo y de un espesor mayor de cinco metros, o de otra masa equivalente (v. gr., una capa de agua de cincuenta metros de espesor). Su poder de penetración es consecuencia de su longitud de onda, extremadamente corta. La importancia de estos rayos es grandísima en

meteorología, en geología y en biología. A ellos se debe, probablemente, la ionización de nuestros humores, condición primera de nuestra vitalidad.

La capa atmosférica en que vivimos es la tropo-esfera, la esfera-de-los-cambios, la capa en que hay vapor de agua y en que el equilibrio eléctrico se restablece constantemente de diversos modos, uno de los cuales lo constituyen los rayos o cohetes de electricidad que van de unas capas a otras o de las nubes al suelo. Las capas más altas de la atmósfera, allí donde la temperatura es de  $-60^{\circ}$  y el aire es extremadamente enrarecido, cientos de veces más que en nuestros tubos de Crookes, constituyen la estrato-esfera, y en ella nacen todos o la mayor parte de los rayos cósmicos. Muchos físicos piensan hoy que la energía solar nos llega, la menor parte en forma de rayos ultravioletas, y la mayor parte en forma de batallones de electrones animados de una velocidad casi igual a la de la luz. Estos batallones destruirían toda la vida en la tierra si pudieran llegar al suelo, pero son desviados por la acción magnética de nuestro globo y se gastan en la ionización de los gases de la estrato-esfera, uno de cuyos resultados es la producción de los rayos cósmicos, y otro la de nuevos electrones llamados secundarios, y cuyo trayecto va señalado por una luminiscencia pálida, que constituye *la luz de la noche*. La noche negra no existe. Esta luz de la noche au-

menta en intensidad a medida que el observador avanza hacia los polos, en cuyas cercanías se transforma en espléndidas auroras, boreales o australes, cuando el sol es teatro de tempestades o efervescencias inmensas.

\*

Hablando del monstruoso informe de Sir William Beveridge al Parlamento Británico, dice el *Boletín del National City Bank of New York*, enero de 1943:

La distribución tripartita entre el Gobierno, el asegurado y el empresario, de la carga que implica ese plan del seguro social «desde la cuna hasta la tumba», es, hasta cierto punto, una ilusión; ya que el Gobierno no tiene recursos propios, y todo lo que reparte pesa, en último análisis, sobre el contribuyente.

¿Hasta dónde será posible seguir castigando a los fuertes en la comunidad, a favor de los débiles, sin desalentar y perjudicar a todos y sin estrangular el progreso? ¿Cuál será el efecto a la larga sobre la población si, mientras se enardece a los perezosos o incompetentes y se les empuja a tener familias más numerosas, se les niegan a los emprendedores y enérgicos muchas ventajas con las cuales habían contado como recompensa a su industria y a su frugalidad? Para muchas familias significará que las mujeres tendrán que trabajar más duro; que habrá que posponer la

compra de la casa; que se restringirán los ahorros con los que se contaba para establecerse con relativa independencia; que se acortará la educación de los hijos y hasta habrá que reducir su número.

No serán los ricos solamente quienes tendrán que soportar el costo de un plan de tal magnitud. No tienen ellos bastante dinero para tanta cosa y tantas contribuciones. Habrá que repartir dicho costo entre todo el pueblo, y la mayor parte del peso caerá sobre las familias de la clase media y las de los obreros más industriosos y competentes.

\*

¿Y es el *seguro social* el antídoto que proponéis contra el comunismo? ¿Pues qué creéis que es el comunismo?

¿Y cómo habláis de guerra al totalitarismo?

Pero no nos alarmemos con los resplandores que en una noche lóbrega produce el incendio de una ruin casucha, ni olvidemos que si Dios nos permite tan a menudo jugar con fuego, es porque él sabe bien que su universo es incombustible, como decía Lowell hace cien años.

\*

Me fué tan bien en mis viajes fuéera de Costa Rica, en Francia, en Italia, en Holanda, en Boston, en Canadá, en todas partes, que me he que-

dado padeciendo de una xenofilia eterna. Frente a un extranjero, yo me siento de antemano comprometido. Salvo tres o cuatro excepciones, mis amigos mejores han sido extranjeros: el doctor Ferraz, el doctor Lafosse, Jorge Pradilla, don Alfredo Greñas, el doctor Domínguez, etc. De mis compañeros de laboratorio, los mejores han sido costarricenses, pero a los que han tenido siquiera algo de extranjeros, les he servido siempre con cuchara grande, y con apariencia de injusticia.

\*

*Respondo a dos preguntas:*

1). Una nación cuyo primer mandatario goza de supremos poderes, inclusive el de declarar la guerra, es una monarquía electiva.

2). Me parece que las dos naciones de América que han hecho hasta ahora el mejor papel en esta guerra, son el Canadá y la República Argentina.

\*

La gramática es muy útil a veces, raras veces, pero *no es indispensable nunca*. Esto lo sabe todo el que haya enseñado a hablar a un niño, o a otra persona cualquiera. Los únicos que no lo saben, generalmente, son los profesores de lenguas. Torturan éstos a sus alumnos con penosos ejercicios, y los alumnos no aprenden a

hablar. Así venimos desde tiempo inmemorial, con la agravante hoy de que se toma como profesores de inglés, de alemán o de francés, a sujetos que no son ingleses ni franceses ni alemanes.

Oyendo hablar con claridad, impresionados su oído, su vista, todos sus sentidos, aprende el niño a hablar, a leer, a escribir, y aprende tanto más fácilmente cuanto mejor desarrollada esté su inteligencia.

La lora aprende a hablar, pero lo hace, más que todo, mecánicamente. El hombre habla inteligentemente. Con la inteligencia le basta. Le sobra la gramática.

Un día de estos llegó a una botica un niño de *cinco años* y preguntó al vendedor: «Así como hay medicinas para engordar, no hay para *endelgadecer?*»

Pensaba sin duda en la madre, que padece de obesidad, y habló como hombre, no como lora, e inventó correctamente un verbo que jamás había oído y sin saber qué es lo que llaman verbo los profesores que no han inventado ninguno.

Había oído sí decir rico y enriquecer, flaco y enflaquecer, sordo y ensordecer, etc.

El boticario, que tiene más afición a las lenguas que a la farmacia, respondió al niño: «Para *adelgazar* no se necesitan medicinas. Dígamele a su mamá que deseo hablar con ella».

Es casi seguro que el niño ha seguido diciendo *adelgazar* en vez de *endelgadecer*, en vir-

tud de una ley que no es gramatical: la del menor esfuerzo.

En cuanto al boticario, lo que deseaba era felicitar a la madre por su hijo; no darle consejos de higienista.

\*

La «política de buenos vecinos» está resultando puro *brochismo*, como se dice aquí. Y esto es grave, porque no hay nada que corrompa tanto como la adulación. En Guatemala, en Honduras, en Nicaragua, en Costa Rica, ahí donde llegan los buenos vecinos, todo es una maravilla. Costa Rica es el ideal de la democracia. Turrialba no tiene igual como clima. Nuestros tejados son pintorescos. Entrámos a la guerra antes que los Estados Unidos. La Universidad nueva cuenta más profesores que alumnos, en los ramos nuevos (filosofía, letras, etc.).

Varias de las palabras oídas parecen más bien burlas.

## *Variedades*

De *Alexis Carrel*:

El estado de esta nuestra envoltura no puede ser modificado inconsideradamente por nuevos hábitos de vida: por ejemplo, muy lejos nos hallamos aún de saber qué efecto tiene sobre el desarrollo de nuestro cuerpo la exposición a los rayos del sol. Por consiguiente, no debe aceptarse a ciegas la práctica exagerada de buscar el bronceado del sol sobre la piel.

El exceso en las comidas y en los ejercicios atléticos parece impedir el progreso intelectual; *los atletas no son, por lo general, muy inteligentes.*

Cuando encontramos al individuo—tipo escasísimo—cuya conducta se guía por un ideal moral, no podemos menos de reparar en su aspecto. La belleza moral es un fenómeno excepcional, y tan notorio, que no es posible olvidarlo jamás. Esta forma de belleza impresiona mucho más que la belleza física. Da a quienes poseen su dón divino un poder extraño e inexplicable. Aumenta la fuerza intelectual y establece la paz entre los hombres. Mucho más que la ciencia y que el arte de los ritos religiosos, es la belleza moral la base de la civilización.

De *Nietzsche*:

\*

El socialismo es el fantástico hermano menor del despotismo casi difunto, cuya herencia quiere recoger; sus esfuerzos son, pues, reaccionarios. Desea una plenitud de poder del Estado como el propio despotismo no tuvo jamás; sobrepasa lo que enseña el pasado, porque trabaja por reducir a la nada formalmente al individuo: es que éste le parece un lujo injustificable de la Naturaleza, y debe ser convertido por él en un *órgano útil de la comunidad*.

\*

Hay entre los hombres del mundo entero nexos más poderosos que los provenientes del comercio. Como la cultura no reconoce fronteras, los hombres van vinculándose cada vez más unos con otros por obra del ensanche del saber. Los hombres de ciencia, particularmente, son internacionalistas decididos. No los detienen las fronteras de su propia patria cuando se trata de trabajar con sus colegas; todo nuevo conocimiento adquirido por cualquiera de ellos pasa luego a ser patrimonio común.

HARRY SCHERMAN

\*

En el prefacio escrito por Bernard Shaw cuando se publicó la correspondencia entre él y la actriz Ellen Terry (tiempo después de la muerte de ésta), se lee lo siguiente: «Que cuantos se

quejen de que todo esto no ocurrió más que en el papel, recuerden que solamente en el papel ha llegado la humanidad a la belleza, a la verdad, a los grandes descubrimientos, a la virtud y al amor perdurable».

\*

Los historiadores tienen los ojos en la espalda, dice el genial Papini (ver Gog: *La Historia al revés*). Su costumbre es la de proceder del tiempo pasado hacia el presente, agrega. Mi método consiste en retroceder desde el tiempo presente hacia el pasado; lo cual es más lógico. Un acontecimiento no adquiere luz e importancia sino al cabo de varios decenios o, talvez, siglos. Si encuentro, v. gr., la entrada de los musulmanes en Jerusalén, el año 637, esto no me parece más que un detalle de la expansión militar del Islam. Pero si parto de 1095, cuando se comenzó a predicar la primera cruzada, se abre ante mí el alcance incalculado del acontecimiento. Que los cristianos de Occidente sientan en un determinado momento como ofensa intolerable que el sepulcro de Cristo se halle en manos de los infieles, y que de este sentimiento nazca el choque entre el Occidente y el Oriente y el comienzo de una nueva civilización; hé aquí el por qué de la importancia de la entrada de Omar en Jerusalén. El *después* es lo que explica el *antes*.

Ha llegado el momento de adoptar en historia la regla de oro que ha hecho la fortuna de todas las ciencias: ir de lo conocido a lo menos conocido y hacia lo ignorado. El primer capítulo de una historia bien hecha debe estar constituido por *las últimas noticias*.

En esas líneas está condensado el pensamiento

de Papini con respecto a la historia general y aun a las biografías.

Deseo ahora decir que al hacer la historia de los grandes descubrimientos, se procede corrientemente en esa forma. Al hablar, por ejemplo, del cinematógrafo, se comienza por el portentoso aparato actual y se desanda después, gradualmente, un siglo y medio, pasando por los cines primitivos, por el kinotescopio, por las cartas fotográficas movidas con la mano, por el disco dibujado a ojo y que gira tras de una ventanilla, etc., hasta los primeros estudios acerca de la persistencia de las impresiones luminosas sobre la retina.

E. J. R.

\*

DIECISÉIS INVENTOS Y DESCUBRIMIENTOS  
DE LOS ÚLTIMOS 11 AÑOS DEL SIGLO PASADO:

- La bicicleta.
- El automóvil de petróleo o eléctrico.
- Los ferrocarriles eléctricos.
- Las corrientes polifásicas.
- La turbina Laval, dispositivo para la utilización mecánica del vapor a alta presión.
- El motor de combustión interior, de Diesel.
- El carburo de calcio, generador del gas acetileno.
- El cinematógrafo.
- Los rayos Roentgen.
- El aire líquido industrial.
- La fotografía de los colores.
- La telegrafía sin alambres.
- La luz fría, obtenida por luminiscencia de gases enrarecidos.
- Las corrientes de alta frecuencia.
- El diamante artificial.
- Los fenómenos de anafilaxis.